

# GAZIEL

## Un periodista en la Gran Guerra

En este año donde se conmemora el centenario del inicio de la Primera Guerra Mundial y el cincuenta aniversario de la muerte de Agustí Calvet, alias Gaziel, dos libros recuperan sus crónicas del conflicto: “Diario de un estudiante. París 1914” (Dièresis) y “De París a Monastir” (Libros del Asteroide). En ambos, la pluma del reportero brilla de forma extraordinaria. **texto FRANCISCO LUIS DEL PINO OLMEDO foto ARCHIVO**



Los ojos de Agustí Calvet (Sant Feliu de Guíxols, 1887-Barcelona, 1964) debieron de abrirse a la vida parpadeando ya esa incontenible curiosidad que algunos sienten por el mundo, y que pocos saben cultivar con sensibilidad y acierto. Joven de buena familia, se matriculó en la facultad de Derecho de Barcelona a instancias de su padre, que deseaba que se convirtiera en notario, pero su interés por la filosofía le hizo cambiar de senda. Doctorado en Madrid en 1908, sus estudios de filosofía y letras le dotaron de flexibilidad y conocimientos sobre el pensamiento humano, y su pluma elegante y precisa hizo sus primeras esgrimas en 1909 en *La Veu de Catalunya*, órgano del partido conservador de la Lliga Regionalista. El futuro del joven Calvet parecía dirigirse hacia la política cuando, en 1914, las circunstancias extraviaron ese camino y le ofrecieron otro, el del periodismo, tal y como nos cuenta la completa edición de *Diario de un estudiante*.

Calvet cayó en él de un empujón, o quizá se lanzó de bruces a un oficio desconocido, carente de prestigio social y mal remunerado, pero que tenía el atractivo de situarle como testigo privilegiado ante la negrura del horror bélico. Una oscuridad rota por relámpagos de fuego que embotaba las mentes, hacía temblar la tierra y devolvía al mundo carne des-

garrada. Almas errantes que huían de un infierno para caer en otro. Su pluma describió semejante apocalipsis con tal comprensión que logró auténticas piezas literarias. Crónicas que ocupan un lugar prominente en la historia del mejor periodismo.

### La movilización

Francia se estremecía en agosto de 1914, temerosa y patriota a un tiempo, esperando lo inevitable, aunque no del todo consciente del horror que se le venía encima. El joven Calvet, que residía en París temporalmente –con el fin de formarse como intelectual *noucentista*–, sigue atento la movilización militar y sus consecuencias, que afectan no solo a los franceses, sino a todos quienes dudan entre escapar del conflicto o regresar a su patria convertida en el enemigo: Alemania. Escribe un diario en el que narra los acontecimientos de aquel primer mes de guerra; una disciplina medida a través de su profunda observación, que encajaba cada gesto y detalle de su entorno más cercano –la entrañable pensión de Mme. Durieux y sus hijas, en la que vivía–, al igual que las reacciones de la ciudad, en un mosaico que refleja el momento convulso de miedo y exaltación que vivía la capital francesa.

De regreso a España, tras una azaroso e ingrato viaje, Agustí Calvet enseña su diario al director de *La Vanguardia*, el mallorquín Miquel dels Sants Oliver, que lo lee ávidamente e impresionado decide publicarlo como serie durante septiembre de aquel año. El 9 de ese mes vio la luz en la página siete del diario barcelonés la primera entrega del *Diario de un estudiante en París*, firmada con el seudónimo Gaziel. Es tal el éxito que Sants Oliver le insta a que regrese a Francia como corresponsal de guerra. Así nace un gran periodista, que con los años llegará a ser director de *La Vanguardia* hasta el estallido de la Guerra Civil española, en 1936, año en que se exiliará para no volver hasta 1940, pero sin poder ya ejercer nunca más el periodismo.

### En tierra de lobos

De Gaziel impresionan varias características que, sumadas entre sí, le confieren ese halo especial que distingue a los grandes reporteros. Su sólida formación cultural, dotes de observación cuidadosa, la maestría de su escritura que, desborda la crónica periodística al uso para convertir cada pieza en un elaborado viaje geográfico rebotado de amenidad, historia y compasión por el sufrimiento de los demás. Y, como resultado de todo ello, la honradez del trabajo en cada tema,

y sin nada, tratados peor que las bestias”, escribe en el barco que le lleva de regreso a Grecia.

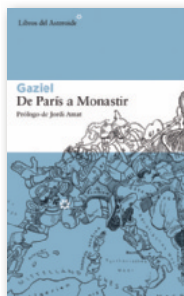
### Una pluma pacifista

El joven catalán, que amaba Francia, al que repugnaba la violencia y que sentía una enorme compasión por la población civil víctima del cataclismo bélico, bajó también a los infiernos de las trincheras; y más aún, se arrastró por galerías angostas y agujeros malolientes para descender a las entrañas de otros infiernos peores: los túneles, las madrigueras, las gigantescas

## Le repugnaba la violencia, pero bajó a las trincheras para narrar aquel furor destructivo.



**Diario de un estudiante. París 1914**  
Gaziel  
Dièresis  
352 págs. 19 €.



**De París a Monastir**  
Gaziel  
Libros del Asteroide  
336 págs. 17,95 €.

que se hace comprensible por intrincada que sea la cuestión tratada. Todo ello está magníficamente recogido en *De París a Monastir*, el viaje que desde Francia realiza por Italia y Grecia –apasionante, la descripción de las gentes de Salónica y su historia–, país dividido a la sazón por la enemistad entre el rey Constantino y su esposa Sofía, hermana del káiser alemán, abiertamente progermanos, y Venizelos, con mayoría en el Parlamento, declaradamente partidario de la Cuadruple Inteligencia, que propició el desembarco franco-británico en Salónica. Gaziel introduce a los lectores, a través de estos personajes, en los bastidores de la errática política griega con su acostumbrada claridad, que desbroza con brillantez lo aparentemente complicado.

Es un viaje accidentado y lleno de vicisitudes para finalmente llegar hasta la martirizada Serbia, brutalmente invadida por el ejército búlgaro, que espera inútil y trágicamente la ayuda de las fuerzas francas-británicas: “Ni memoria quedará de esos campesinos de Murichovo que yo vi errantes y hambrientos, sin patria, sin hogar

minas. Sobre ello escribió: “El aire apesta. Los soldados, más que hombres, parecen sombras dolorosas de un mundo subterráneo”.

Sus crónicas de la batalla del Marne, Verdún, las ruinas y despojos con los que la Gran Guerra se alimentaba en su furor destructivo, tuvieron cabida en un excelente libro: *En las trincheras* (que Dièresis reedita ampliado este mes), cuya lectura se mantiene tan fresca como en su momento, tal es la calidad de su literatura.

Una de las cuestiones que plantea Gaziel es la del patriotismo. Se pregunta por qué, entre tantos millones de seres que componen un pueblo, solo una pequeña minoría debe sacrificar su vida por los demás. “El soldado –apunta– se siente víctima de una selección ilógica, monstruosa, que ha repartido sobre él y sobre algunos más la responsabilidad cruenta de una expiación general”. Tales interrogantes y disquisiciones están presentes en sus crónicas, más cercanas a las personas que a la estrategia o la táctica, como no sea para cuestionarlas, en ocasiones, por la carnicería que resultó de ellas. Sin duda, Gaziel fue un pacifista que narró una guerra enorme con el valor de su pluma. ■